

—Temo que no fuese muy agradable...

—Con eso sólo, desde luego, no hubiera sido muy agradable — interrumpiéndole con vehemencia —. Pero no tienes una idea de lo exquisito que resulta mezclándolo con otras cosas... con pólvora... con lacre, por ejemplo... En fin; ahora debo dejarte. Hemos llegado al término del bosque.

Alicia estaba perpleja; la preocupaba el budín.

—Pareces triste — le dijo con cierta inquietud el caballero —. Deja que te cante algo para distraerte.

—¿Es muy largo? — preguntó algo escamada Alicia, pues ya había oído demasiados cantos.

—Muy largo. ¡Pero muy precioso! A todos los que me lo oyen cantar... se les saltan las lágrimas... o bien...

—¿O bien qué? — continuó Alicia, pues el caballero había interrumpido repentinamente.

—O bien no les saltan, ¿sabes? El nombre de la canción es: *Los ojos del róbalo*.

—¿Es ése el nombre de la canción — preguntóle Alicia fingiéndose interesada.

—No; tú no lo comprendes — repuso un poco enojado el caballero —. Así se llama el *nombre*. El nombre real es: *El hombre viejo, viejo*.

—Entonces debiera haber preguntado: «Es así cómo se llama la canción?»

—No, no debías. Eso es otra cosa muy distinta. La canción se llama *Modos y maneras*. Pero sólo es lo que se llama, ¿sabes?

—Está bien. ¿Y cuál es la canción, entonces? — terminó Alicia esta vez completamente desconcertada.

—A eso iba. En realidad la canción es: *Sentado en la puerta*, y la tonada es invento mío.

Tras estas palabras se detuvo y abandonó las riendas sobre el cuello del caballo, llevando el compás con la

mano. En su boca se dibujaba una desmayada sonrisa que iluminaba su rostro dulce y de bobalicón, y así, embelesado por la música de su canto, empezó.

De todos los episodios que Alicia tuviera ocasión de ver en su viaje a través del espejo, fué éste el que recordó siempre con más precisión. Aun mucho después pudo reconstruir mentalmente la escena con todos sus detalles, como si la hubiera presenciado el día anterior... Los dulces ojos azules del caballero, su amable sonrisa, el sol poniente que doraba sus cabellos y acentuaba el brillo de su armadura cuyos reflejos la encandilaban, el caballo moviéndose perezosamente de acá para allá, las riendas deslizándose entre la hierba que mordisqueaba, las sombras del bosque a sus espaldas; todo lo contemplaba como si fuera un paisaje pintado,

